

Céleste Albaret, la última sirvienta

La que fuera criada del escritor refleja su lado más cotidiano y doméstico en 'Monsieur Proust'

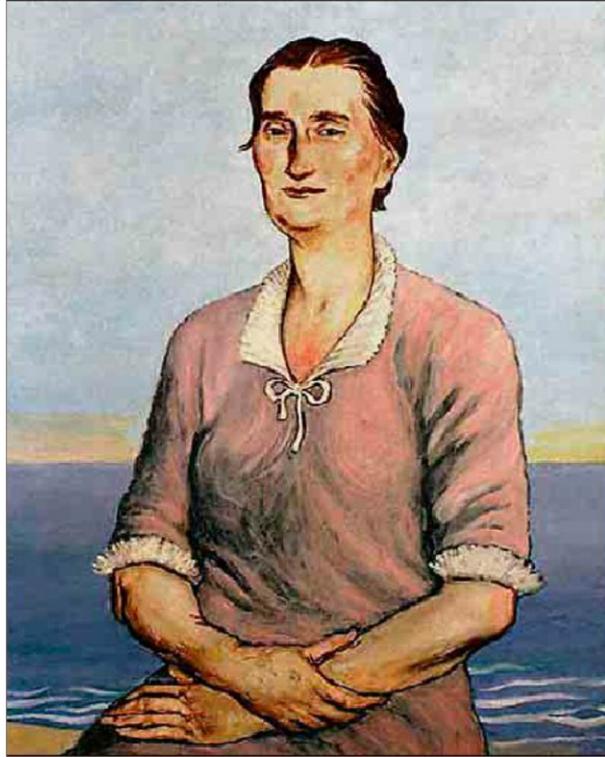
Memorias

POR C. VICENS PUJOL

■ Enfermo, prácticamente retirado en su apartamento del boulevard Haussmann, alimentándose únicamente de café e inhalando extraños y densos vapores contra el asma... así conoció Céleste Albaret a Marcel Proust, poco tiempo antes de entrar a su servicio y de cuidar de él con auténtica devoción los últimos ocho años de su vida. Más de una frase del libro deja constancia de esta devoción, de esta entrega total al señor que admiraba: "Lo que deseo dejar muy claro es que le he querido, le he padecido y le he saboreado tal como era en su totalidad".

En 1974, cincuenta y dos años después de la muerte de Proust y habiendo ella cumplido los ochenta y dos, Céleste Albaret decidió romper el silencio que había guardado sobre estos años de su vida al servicio de Marcel Proust. Y si lo hizo, explica, fue porque se estaban diciendo demasiadas falsedades sobre el escritor al que prácticamente idolatraba y, en cierto modo, quiso "lavar" su nombre. No sabemos muy bien cuáles eran esas falsedades, aunque en una mujer de la discreción y bondad de Céleste, de la ingenuidad incluso de Céleste, no es difícil de imaginar. El libro que resulta, *Monsieur Proust*, es fruto de las setenta horas de conversación de Céleste Albaret con Georges Belmont, que se encargó de la redacción última.

Los lazos de cariño y confianza se crearon poco a poco entre señor y criada. Céleste entra lentamente en la vida de Proust: había ya oído hablar de él a su marido, Odilon Albaret, uno de los taxistas de confianza del escritor, disponible a cualquier hora. Como disponible a cualquier hora, sobre todo las de la noche, iba a estar Céleste quien, cuando su marido fue enviado a filas y después de haber hecho durante un tiempo de recadera de Proust y de haber susti-



Retrato de Céleste Albaret, del pintor francés Jean-Claude Fourneau.

HÉRITAGE FAMILIAL FOURNEAU

tuido un tiempo a la antigua criada, se instaló definitivamente en casa del escritor y se acomodó hasta lo inimaginable a su ritmo de vida y a cada una de sus manías: se sabe que Proust comenzaba el día a media tarde

y se acostaba al amanecer. Pero el retrato de Albaret nos presenta además a un hombre de rituales fijos e inamovibles: el del café con el cruasán (prácticamente su único alimento), servido en juego de plata para la

En 1974, 52 años después de la muerte de Proust y habiendo ella cumplido los 82, decidió romper el silencio que había guardado sobre aquella época

"mañana" y de porcelana para la noche; las manías referentes a la ropa, al calzado, a los pañuelos, a los olores. Muestra también la curiosidad sin fin de Proust por conocer el mundo de Céleste, los personajes que éste recibía o se negaba a recibir, las ya pocas salidas nocturnas y la descripción que de las mismas le hacía a Céleste mientras ella le preparaba las mil cosas necesarias para el resto de la noche. Y las que iban surgiendo: ahora le urgía un lengüado comprado en tal pescadería, allí iba Céleste; ahora unos dulces de tal pastelería, un brioche de tal otra, allí iba Céleste. Ni una palabra de queja, sólo una opinión: "Ahora creo que aquellos antojos repentinos de Monsieur Proust correspondían a unos momentos en que corría tras un tiempo que había perdido, pero perdido en el sentido en que se pierde un paraíso".

Que estaba al servicio de un genio era algo que Céleste Albaret intuyó desde el principio. No sabemos cuánto en el libro hay de Georges Belmont, pero lo que sí parece claro es que Céleste entendió muy bien al escritor y que la lectura de este testimonio es casi obligada para quienes desean aproximarse a un Proust más doméstico, frenéticamente entregado a esta obra que tenía no poder concluir, hasta el punto de negarse a que le curaran si esto significaba llevarle a un hospital, alejarle de sus papeles.



CÉLESTE ALBARET
Monsieur Proust

► Presentación de Luis A. de Villena
Traducción de E. Tusquets y E. Martín Ortega
CAPITÁN SWING, 420 PÁGINAS, 21 €

Marcel Proust en los campos de concentración soviéticos

Un pintor polaco dictó conferencias sobre el autor francés a los prisioneros de Griazowitz entre 1939 y 1941

Ensayo

POR C. V. P.

■ Entre septiembre de 1939 y agosto de 1941, el pintor polaco Józef Czapski estará recluido en diversos campos de concentración soviéticos: Starobielsk, Pavlichtchev Bor y Griazowitz. De esta etapa de prisionero dejará dos testimonios escritos -quizás más- muy diferentes uno de otro: *Memorias de Starobielsk*, publicado en Roma en 1945 y *Proust en Griazowitz*, en 1948.

¿Y qué hacía Proust en un campo de prisioneros? En cierto modo velar por la dignidad de los mismos, por mantener despierta una actividad intelectual que, sin un esfuerzo de la voluntad, estaba condenada a la inercia, a la herrumbre a la que le abocaban las ínfimas condiciones de vida que soportaban. Como explica Czapski, algunos de los prisioneros se dedicaron a preparar conferencias y charlas que, si bien sirvieron para que



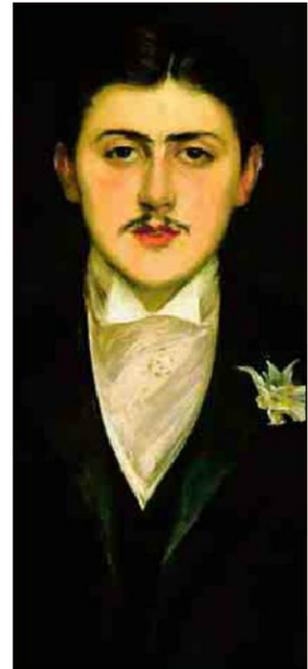
JÓZEF CZAPSKI
Proust contra la decadencia. Conferencias en el campo de Griazowitz

► Traducción de Mauro Armiño
SIRUELA, 128 PÁGINAS, 16,95 €

muchos de ellos fueran deportados, les mantenían "vivos". Y Józef Czapski, sin más medio a su alcance que el de su propia memoria, ofreció una serie de conferencias sobre la obra de Marcel Proust, cuyos esquemas, apuntes e incluso dibujos, anotaba en una pequeña libreta: la que más tarde serviría para la redacción del ensayo y algunas de cuyas páginas ilustran el libro que reseñamos. Una redacción que quiso lo más fiel posible a las conferencias originales. Es decir, con sus errores y lapsus, pero que

también muestra una aproximación muy fina a la obra de Proust, tanto en lo referente al estilo: "La frase misma revolucionaria el estilo moderno, breve y presuroso. La frase es interminablemente larga (...). La frase de Proust está enmarañada, llena de paréntesis mentales, de paréntesis dentro de estos paréntesis (...), de metáforas que llevan hacia nuevos paréntesis y nuevas asociaciones", como en lo referente al contenido: "Encontramos en él una ausencia tan absoluta de prejuicio (...), una voluntad de descubrir en el hombre más bajo los gestos nobles en el límite de lo sublime, y reflejos bajos en los seres más puros, que su obra actúa sobre nosotros como la vida filtrada e iluminada por una conciencia cuya precisión es infinitamente más grande que la nuestra."

Además el autor muestra repetidamente su pasión por Proust, entre otras cosas porque no es posible volver a leerlo -dice- sin apreciar esos pequeños detalles que en una primera (e incluso segunda y tercera) lectura se le han pasado por alto; y es como si los saborease al explicarlos, esos frutos tanto más gustosos porque en su día no supo apreciarlos. Estos frutos que entregaba en forma de charlas para elevar el ánimo de aquellos prisioneros de Griazowitz.



Marcel Proust por Blanché. LA OPINIÓN